

LA ESCRITURA DEL TERRITORIO AMERICANO

CARLOS MATA INDURÁIN,
ANTONIO SÁNCHEZ JIMÉNEZ
Y MARTINA VINATEA (EDS.)



CON PRIVILEGIO . EN NEWYORK . IDEA . 2019

INSTITUTO DE ESTUDIOS AURISECULARES (IDEA)
COLECCIÓN «BATIHOJA», 58. SERIE PROYECTO ESTUDIOS INDIANOS (PEI), 14

CONSEJO EDITOR:

DIRECTOR: VICTORIANO RONCERO (STATE UNIVERSITY OF NEW
YORK-SUNY AT STONY BROOK, ESTADOS UNIDOS)
SUBDIRECTOR: ABRAHAM MADROÑAL (CSIC-CENTRO DE
CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES, ESPAÑA)
SECRETARIO: CARLOS MATA INDURÁIN (GRISO-UNIVERSIDAD DE NAVARRA, ESPAÑA)

CONSEJO ASESOR:

WOLFRAM AICHINGER (UNIVERSITÄT WIEN, AUSTRIA)
TAPSIR BA (UNIVERSITÉ CHEIKH ANTA DIOP, SENEGAL)
SHOJI BANDO (KYOTO UNIVERSITY OF FOREIGN STUDIES, JAPÓN)
ENRICA CANCELLIERE (UNIVERSITÀ DEGLI STUDI DI PALERMO, ITALIA)
PIERRE CIVIL (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
RUTH FINE (THE HEBREW UNIVERSITY-JERUSALEM, ISRAEL)
LUCE LÓPEZ-BARALT (UNIVERSIDAD DE PUERTO RICO, PUERTO RICO)
ANTÓNIO APOLINÁRIO LOURENÇO (UNIVERSIDADE DE COIMBRA, PORTUGAL)
VIBHA MAURYA (UNIVERSITY OF DELHI, INDIA)
ROSA PERELMUTER (UNIVERSITY OF NORTH CAROLINA AT CHAPEL HILL, ESTADOS UNIDOS)
GONZALO PONTÓN (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
FRANCISCO RICO (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA,
ESPAÑA / REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, ESPAÑA)
GUILLERMO SERÉS (UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BARCELONA, ESPAÑA)
CHRISTOPH STROSETZKI (UNIVERSITÄT MÜNSTER, ALEMANIA)
HÉLÈNE TROPÉ (UNIVERSITÉ DE LE SORBONNE NOUVELLE-PARÍS III, FRANCIA)
GERMÁN VEGA GARCÍA-LUENGOS (UNIVERSIDAD DE VALLADOLID, ESPAÑA)
EDWIN WILLIAMSON (UNIVERSITY OF OXFORD, REINO UNIDO)

Impresión: Ulzama Digital.

© De los autores

Financed by the Leading House for the Latin American
Region (project «Latin American Humboldtianism:
Scientific Expeditions and Their Impact in Latin American
Linguistic and Literary Thought», SMG1721).

ISBN: 978-1-938795-61-9

Depósito Legal: M-28010-2019

New York, IDEA/IGAS, 2019

«LAS CELESTES ESFERAS DE LA SIEMPRE
SABIA ASTROLOGÍA»: LA GEOGRAFÍA CELESTE
DE VENTURA TRAVADA EN *SUELO DE AREQUIPA*
CONVERTIDO EN CIELO (C. 1752)

César Félix Sánchez Martínez
Universidad Nacional de San Agustín, Arequipa

Aunque en *La literatura peruana en el periodo de estabilización colonial* Carlos García-Bedoya dedica unas frases a la obra de Ventura Travada *Suelo de Arequipa convertido en Cielo* (c. 1752), enmarcándola en el contexto del llamado *discurso de exaltación de la urbe criolla* y considerándola, aunque tardía, como «sin duda la más característicamente barroca de las diversas muestras de este discurso»¹ e historiadores regionales como Guillermo Galdós Rodríguez la califican «como la más brillante producción de la prosa arequipeña hasta nuestros días»², el peculiarísimo texto permanece todavía muy poco estudiado.

Comparte esta condición su autor, el presbítero arequipeño Buenaventura Fernández de Córdoba y Peredo, *Ventura Travada* (1695-1758). Su vida transcurrió como la de cualquier párroco rural del siglo XVIII en la oscuridad de los pueblos de las sierras de Arequipa, alejado de la corte episcopal de la ciudad y de cualquier honor y reconocimiento. Incluso su partida de bautismo nos muestra que nació enfermo y su partida

¹ García Bedoya, 2000, p. 140

² Galdós Rodríguez, 1993, p. 108.

de defunción, que murió pobre. Pero dejó el primer libro dedicado a la ciudad, suerte de compendio de la historia civil y eclesiástica de la Villa Hermosa, además de antología poética latina, elogio hiperbólico de las virtudes de los arequipeños (y especialmente de las arequipeñas) y manual barroco de exaltación de la mitología y la lengua literaria como medios útiles para historiar la realidad.

Suelo de Arequipa convertido en Cielo en el estreno del religioso monasterio de Santa Rosa de Santa María que fundó el Ilmo. Señor Doctor don Juan Bravo de Rivero, del Consejo de Su Majestad, dignísimo obispo de Arequipa, por el Doctor don Ventura Trabada —que así es el título completo de la obra— está dividido en tres partes, cada una precedida por sendas *proluciones*, que lejos de ser meras presentaciones circunstanciales, concentran mucha de la riqueza conceptual del texto. La primera parte se ocupa de la *historia gentílica y civil* de Arequipa desde su fundación, acompañada por una descripción de su entorno geográfico, socioeconómico y humano —destaca un elogio del «cariño sin doblez» y otras virtudes de las «mujeres arequipenses» (fols. 173-175³) e incluso de la nobleza de los indios comarcanos (fol. 176)— y un curioso capítulo titulado «Prodigios que hay en esta ciudad y el Obispado», donde se narran sucesos de ultratumba, milagros, monstruosidades y fenómenos naturales inexplicables ocurridos en la región, con esa «pasión por la extravagancia» que, según José Antonio Maravall, caracteriza a la cultura del Barroco⁴.

La segunda parte corresponde a la exaltación zodiacal de la Iglesia de Arequipa. Empezando con la Catedral, Travada atribuye a cada iglesia, monasterio y congregación religiosa de la ciudad un signo zodiacal. Sin embargo, las principales casas religiosas en la ciudad son solo once, faltando una para alcanzar el zodiaco completo. Y es precisamente la apertura del monasterio de Santa Rosa —al que corresponde convenientemente Virgo— la que viene a completar el ciclo, transformándose Arequipa, según Travada, en una imagen de la Ciudad Celeste, convirtiéndose el suelo de Arequipa en el Cielo. Precisamente de este punto nos ocuparemos enseguida. Luego de este ejercicio astrológico y simbólico, Travada coloca la vida de los obispos de la diócesis y de otros

³ Todas las citas serán por Ventura Trabada, *Suelo de Arequipa convertido en Cielo*, Lima, edición facsimilar a cargo de Ignacio Prado Pastor, 1993. Modernizo las grafías sin relevancia fonética, pero mantengo los fenómenos de seseo y ceceo (*caresen, ocación, decco, cenda*, etc.).

⁴ Maravall, 1980, p. 461.

clérigos y figuras religiosas importantes, entre las que destaca la vida y milagros de la virtuosa arequipeña Ana de los Ángeles Monteagudo, algunas de cuyas profecías son mencionadas en los folios 329 al 332.

La tercera parte se ocupa propiamente de la fundación del monasterio de Santa Rosa; para este momento son harto copiosas las referencias mitológicas y numerológicas. *Las auroras y fuegos* de la celebración del estreno del religioso monasterio culminan con una antología poética de los «Cisnes del Caistro arequipense» (fol. 759), un conjunto de poesías en castellano y latín (ovillejos, un *laberinto* endecasílabo, epigramas, octavas, sonetos, un soneto *acróstico*, un curioso *acróstico* a un tiempo y *laberinto* al obispo de Arequipa, etc.) «que se fijaron en tarjas» (fol. 758) en lugares públicos en el contexto de las celebraciones.

Desde la peculiar imagen de su título, el texto va demostrando características peculiares que en momentos parecieran diluir las confesas intenciones históricas de Travada —«como no escribo descripción poética, donde tiene puerta franca la ficción, sino histórica» (fol. 166)— para dar paso al imperio del artificio retórico y mítico —«goloseado en las butillerías de la mitología» (fol. 229)—, al discurso providencialista y milagroso y a la poesía, que atraviesan en un *in crescendo* las tres partes en las que lo dividió su autor para alcanzar la condición poliédrica que cautivó al historiador de inicios del siglo xx Francisco Mostajo, para quien la obra travadiana tiene de historia y tiene de poema.

Pero volvamos a la segunda parte, suerte de eje que explica incluso la peculiaridad del título de la obra. Las correspondencias astrológicas y las referencias mitológicas, que no eran para nada ejercicios singulares ni mucho menos disrupciones discursivas en el mundo del barroco hispánico, requerían, sin embargo, de cierta justificación, especialmente si copiosas, en un contexto postridentino y más aún si eran ejercitadas por un párroco de indios. A esta labor dedica Travada la segunda prolucción que precede a la segunda parte.

Allí, luego de presentarnos al «ingenioso Prometeo» fabricando una «estatua de un hombre para que fuese inmortal padrón de su fama» y su ardid —con la complicidad de Minerva— para vivificarlo mediante el fuego robado del Sol, Travada comienza su justificación, que constituye una suerte de explicación fundamental de su poética como historiador:

Hay algunos genios tan rígidamente austeros que, sin querer conocer que la fábula es la más proveída despensa de la filosofía en que ocultó la antigua avaricia de la sabiduría sus nutrimentos, no gustan de su magisterio

y cuanto ayunan de la fábula carecen de sus documentos. ¡Pobre de mí! en esta ocasión, si no hubiera goloseado en las butillerías de la mitología, y pobre de mi patria, si cuando me dediqué a labrar del barro de su suelo una ruda estatua a la posteridad no me hubiera enseñado el ingenioso Prometeo que, para que no se quedase en bulto inanimado, terrón con los desaires del mundo, era necesario subir en cuerpo y en alma al Cielo: en cuerpo con los ojos, y en alma con el entendimiento, y con los disimulos de ladrón, que va por lumbre [a] aplicar mi árida pluma a uno de los círculos en que en ruedas de incendios camina el Sol, y hurtándole su fuego aplicarlo a la roca del suelo de mi estatua para que, informada de una alma celeste y locuaz, diga convertida en Cielo lo que hasta aquí ha callado como suelo (fols. 228-229).

Ya en la primera prolución a la primera parte, Travada había justificado su uso copioso de los símiles y otras imágenes retóricas para su proyecto de historiar Arequipa como la mejor manera de retratar lo inefable, pues un lenguaje distorsionado por las metáforas estaría en mayor capacidad de alcanzar la verdad siendo algo fiel al Modelo Supranisible, que escapa a cualquier intento de agotarlo mediante un lenguaje puramente referencial. Ahora justifica su elección semántica de contenidos míticos y alegóricos nuevamente por la constatación platónica de la imposibilidad de instrumentos sensibles —en este caso la «árida pluma» de un «genio rígidamente austero» que no recurra al acervo mítico y astrológico de la Antigüedad clásica— por elevarse a captar el *eidós* elevado y maravilloso de un mundo terrestre que, más allá de las apariencias, lleva en sí la huella de lo Divino —que coimplica lo Divino, en palabras de Nicolás de Cusa—. Esta *coincidentia oppositorum* entre el suelo y el Cielo, junto con ser una imagen muy cara al neoplatonismo cristiano, es también el secreto del gran concepto travadiano en que consiste todo el libro, desde la imagen del título hasta las diversas alegorías que contiene. Recordemos que el concepto es la figura barroca por excelencia, que pretende llegar a descubrir una analogía, de preferencia entre «dos o tres cognoscibles extremos», en palabras de Baltasar Gracián, que señala un sentido profundo compartido.

Seguidamente, Travada empieza a presentar su gran artificio alegórico:

Entre los hermosos círculos que colocó en las celestes esferas la siempre sabia cuanto laboriosa astrología, y el que más participa del fuego solar, es al que quiero aplicarle mi pluma y hurtarle en su fuego todo el lucimiento que deceo a mi patrio suelo. Este es el Zodiaco, círculo cuya primer exco-gitación está opinada entre Anaximandro y Cleostrato. Es este un camino preciso por donde en calle adornada de colgadas de esplendores gira el

Sol estrechando el carro de sus luces a la oblicua latitud de aquella necesaria cenda en que no pueden extraviarse sus incendios; porque a un lado y a otro tiene en los trópicos de Cáncer y Capricornio unas como murallas, que no puede salvar la violenta carrera de sus caballos. Llamaron los griegos a este círculo Zodiaco, o derivando el nombre de Zodion, que significa animal, por las figuras cuadrúpedas que pacen en su estrellado campo, o de Zoe, que se interpreta vida, porque en el continuo movimiento con que en él giran los planetas (principalmente el Sol) todos los inferiores se vivifican (fol. 230).

Travada, cual Prometeo arequipense, entra «de casa en casa» del Zodiaco para «observar a lo ladrón sus entradas y salidas, logrando a lo Prometeo el mejor tiro de sus luces para que con tan glorioso latrocinio se vista de esplendores de Cielo el suelo de Arequipa» (fols. 231-232).

En este punto, la necesaria referencia cristiana se hace presente:

El Sol material que gira en el Zodiaco en sabias observaciones alegóricas de Cornelio (*Comm. In Ecclesiasticum*, cap. I) es el Sol de Justicia Cristo, que vicitando todo el orbe con influjos de doctrina, lo ilustró por medio de los doce Apóstoles; sagrados signos que, distribuidos en varias provincias, inflamaron con su predicación al mundo. Aun desde las heladas regiones del Aquilón observó este divino aspecto el britano Marcial⁵:

Caetus apostolicus Caelestia sidera bis sex
Zodiacus que Fides, Sol mihi Xptus est⁶.

La aplicada tarea de muchos autores que con docta vista han observado diversidad de fenómenos en los ilustres héroes que han immortalizado sus asuntos, han robado al Cielo las luces del mismo Zodiaco para ilustrar sus productos. Yo, alicionado en tan felices latrocinios, he observado que las doce casas que ilustró el Sol de Justicia Cristo en el Sacramento que es verdadera vida, *Panis Vitae*, son las doce iglesias que honra con su divina presencia en este órbita de Arequipa. Seguiré, pues, sus divinos esplendores, y entrándome en este Zodiaco arequipense, de signo en signo escudriñaré todas sus luces:

Nec frustra signorum obitus speculamur; et ostus⁷
(Virg., *Georg.*, lib. 1) (fols. 232-233).

⁵ John Owen (1564-1622), poeta y epigramista galés.

⁶ Traducción: «Apostólico Cielo estrellado, dos veces seis / el Zodiaco, la Fe y Cristo, mi Sol».

⁷ Traducción: «No en vano contemplamos el alba y el ocaso de los astros».

Así concluye la prolución, e inmediatamente empieza el desfile de signos zodiacales asociados a la Iglesia arequipense, comenzando por Aries, que corresponde a la Iglesia Catedral de San Pedro:

Este signo, que es el príncipe de los signos, como influyó Urania a Manilio, es hermosa copia del príncipe de la Iglesia, mi padre san Pedro. Comienza el Sol sacramentado a desperdiciar en migajas de esplendores sus luces en esta casa, como comenzó el Sol material en el primer punto de este signo a estrenar en el principio del mundo sus rayos. Exáltase el Sol en este signo, como se exaltó Cristo en la reputación de divino en la confesión de san Pedro. Fingió la mitología que hubo una nave (en cuya popa estaba grabado un carnero); en esta hicieron su feliz viaje al Cielo Friso y Heles, y quedó desde esta ocasión colocado el Aries por signo del Zodíaco. Esta es puntualmente la Iglesia mística, nave que, gobernándola diestramente san Pedro en el primer estado de militante, la condujo triunfante a las esferas. Influye el signo de Aries en la cabeza, y san Pedro, vicario de Cristo, es la cabeza de la Iglesia, de donde se derivan los influjos a los demás miembros, que componen este Cuerpo místico (fols. 233-234).

Luego de esta presentación astrológica, Travada pasa a hacer la historia de la creación de la diócesis de Arequipa, la biografía de sus obispos y una semblanza de los más destacados canónigos diocesanos. Este punto, lejos de los datos históricos dudosos de la primera parte, conforma el núcleo más propiamente historiográfico de su obra.

Corresponde luego a la parroquia y doctrina de indios de Santa Marta el signo de Acuario. La referencia inicial es al mito de Decaulión, sobreviviente al Diluvio, que «tomando por asilo una nave fue arrebatado al monte Parnaso, donde para reparar la arruinada propagación humana convirtió las piedras en hombres» (fols. 508-509). Por esta razón pasó Decaulión, según algunos, al Zodíaco como Acuario; aunque Travada admite que existe otra versión, la que asocia este signo con Ganimedes, «aquel hermoso joven que sirvió de escanciante en la mesa de Júpiter» (fol. 509).

En ambos casos le conviene este signo a santa Marta, porque «después de haber servido en repetidos hospicios al verdadero Dios» y por haber sobrevivido a «aquel diluvio de iras, con que inundó toda la cristiana Iglesia el judaísmo», al navegar con su familia en un barco sin velas ni remos, «tomando milagrosamente puerto en Marsella», donde

convirtió allí mejor que Decaulión a la fe de Cristo muchos hombres, y pasando de Tarasco sobre el Ródano mató una monstruosa bestia de notable

grandeza, muy nociva a sus moradores, con exorcismos de agua bendita, en cuya memoria la pintan con una fiera a los pies y un vaso de agua como pinta el signo de Acuario la astrología. En este signo en que salpican tan misteriosas las aguas, gira el Sol Sacramentado en la célebre parroquia de Santa Marta en que el mismo Sol ha influido tantas aguas, que fueron bastantes a purificar en su linfa baptismal a diez mil indios que dice el croronista Herrera hubo en esta ciudad en la primitiva y otros muchos más que se han bautizado de entonces acá (fols. 509-510).

Luego, Travada consigna el signo de Tauro, atribuido por él a la «ilustre religión de santo Domingo». Dice:

Fingió la sabia mitología que, saliendo a recrearse la hermosa Europa, hija de Agenor e infanta de Fenicia, a las orillas del mar, enamorado Júpiter de su hermosura se convirtió en toro, y viéndolo tan tratable le sirvió de palafrén, y entrándose el alevoso toro al mar, fue nadando con el robo encima hasta Candia, o Creta, que es la Europa, y de ahí tomó el nombre esta parte del mundo. A este toro lo colocó Júpiter en la esfera por uno de los doce signos. Uno de los símbolos con que pintan a la Iglesia es la infanta Europa sobre un toro, porque Europa es la parte donde está la sede apostólica; y el celeste Tauro sufriendo sobre sus hombros a la Iglesia es el símbolo tan propio del gran patriarca santo Domingo, que para darlo a conocer es necesario pintarlo sufriendo el peso de la Iglesia sobre sus manos. Luego que el Sol comienza a estrenar sus luces en este signo, comienzan a restituir los campos en colmadas mieses los laboriosos sudores con que los bueyes los regaron; y luego que rayó el Sol Sacramentado en este signo Tauro de Domingo, comenzaron a fecundarse en cosechas de conversiones y ejemplos las sementeras cristianas de la Iglesia, regadas con los gloriosos trabajos de los predicadores sus hijos, en cuya fatiga fue el buey Tomás el que maestreo con la divina luz de su doctrina el soberano cultivo de la Iglesia (fols. 511-512).

Seguidamente, al igual que con la Iglesia Catedral y la parroquia de Santa Marta, Travada pasa a historiar la fundación dominica en Arequipa y sus figuras más célebres, como hará también con las siguientes casas religiosas. Así, a continuación, la «seráfica religión de san Francisco» es comparada con el signo de Escorpión. Travada nos presenta la historia del gigante Orión, que, muy soberbio, se jactaba de que «no habría vida en el bosque que no quedase por trofeo de su carcaj», y los dioses «para su castigo hicieron que abortase la tierra un pequeño escorpión, de cuya punta herida su altivez, murió». Por esta hazaña los dioses lo colocaron

en el Zodíaco. «¿Quién no advierte —continúa Travada— ser este propio símbolo del serafín Francisco, que profesando ser el menor entre los nacidos, postró en tierra a la soberbia y a su primer autor?» (fol. 516).

En lo que corresponde a la «sagrada religión de san Agustín», la comparación es con

el monstruoso Quirón, de quien dice Textor⁸ que fue el más sabio y justo de los centauros; su imagen es un monstruo de hombre y caballo con carcaj al hombro y arco en la mano flechando una corona. Llámase este signo Sagitario, dicen los astrónomos porque, hospedado el Sol en su palacio, nos arroja saetas de lluvias y granizos. Este signo es una viva copia del monstruo africano mi gran Padre san Agustín, uno de los más sabios y justos santos, que adoramos en las aras y como no bastaran estas señas para la semejanza con puntero de luces nos señalan las saetas, pues el Sol de Cristo flechó de ardores seráficos al corazón de Augustino (fol. 519).

En este punto, Travada cita un pasaje de las *Confesiones* donde la caridad de Dios es comparada a una flecha.

Más adelante, «la sagrada religión del ínclito patriarca san Pedro Nolasco, que emulando la redención que hizo Cristo vida nuestra del género humano en la Cruz (misteriosa balanza en frase de la Iglesia) en que como en soberano peso se dio en precio por el hombre, así mismo instituyó el caritativo instituto de rescatar los míseros captivos que gimen en las cadenas del mauritano paganismo» (fol. 529) es asignada al signo de Libra, «aquella fiel balanza de Astrea que, indigna la tierra de lograr su justificación, fue trasladada a la celeste faja» (fols. 528-529).

Por su parte, a la «ínclita religión de la Compañía de Jesús» le corresponde Géminis, porque según Pierio «son sapientísimos los que nacen a los influjos de este Signo» y la sabiduría «es el más propio signo» de los jesuitas (fol. 536).

En el signo de Leo,

se divisa aquel nemeo león, que aunque dejó en los brazos de Hércules la vida, trasladó a la celeste zona sus ardores, mejorando en piel de encrespadas luces la que le quitó el héroe para vestirse de trofeo. Aquí el Sol, revestido en león de luces, sacude la rubia melena de sus rayos llenando la tierra de tan secos como igníferos resplandores. Es cabal copia este signo del ínclito

⁸ Johannes Textor Ravisius Niverniensis, esto es, Jean Tixier de Ravisi (c. 1470-1542), humanista francés.

patriarca san Juan de Dios, prodigioso en la fortaleza y en ministrar alivios a los enfermos (fols. 544-545).

Al signo de Capricornio, en referencia a la «piadosa cabra» Amaltea que amamantó al «expósito Jove» y al tiempo lluvioso que el signo trae, le corresponde la Recoleta Franciscana por su «religiosa estrechez» y su «frugalidad en el vestido y alimento» (fols. 548-549).

Finalmente, a los dos monasterios femeninos de Arequipa, el de Santa Catalina de Siena, y el de Santa Teresa, les corresponden los signos de Cáncer y Piscis, respectivamente. En el primer caso, porque «retrocede el Cancro con graciosa impropiedad para atrás sin huir la cara» (fol. 555), y así, respecto a santa Catalina de Siena, «cual celeste Cáncer parecía que retrógrada su humildad caminaba para atrás siguiendo las sendas vanas de la soberbia», cuando en verdad «eran efectos de estar este celeste signo no anochecido entre las ilusas sombras de la vanidad, sino absorta en el piélago de la inaccesible luz del Sol de Justicia» (fol. 556). En el segundo porque, de acuerdo con Germánico, la diosa de la Siria nació de un huevo de pez encontrado en el Éufrates que fue empollado por una paloma; en recuerdo de tal suceso, Júpiter mandó trasladar a los peces, progenitores de la diosa, al Cielo, y «estos peces simbolizan con la ínclita prole de la carmelitana religión por el rígido instituto de su ayuno y la abstinencia de carnes, manteniéndose solo de peces. Al calor del Espíritu Divino de que es símbolo la paloma, salió Teresa muy parecida a quien le dio el divino fomento, pues en su misma figura subió a la esfera y propagó, ya no como diosa siria sino como numen abulense, el divino culto y fue muy benéfica a los hombres en uno y otro sexo» (fol. 571).

Así, entonces, quedan establecidas por Travada las once casas del Zodiaco religioso arequipeño. Falta una, sin embargo, para que esté completo. Y es el «religioso monasterio de Santa Rosa de Santa María», cuya inauguración es el pretexto del libro, y que significará una suerte de apoteosis y divinización de la ciudad.

Pero ¿cuáles son las razones de esta peculiar *geografía celeste* india-na, tardíamente barroca y neoplatónica? Para Ventura Travada, ser discípulo del «ingenioso Prometeo» y haberse «goloseado en las butillerías de la mitología» revestía una importancia discursiva y simbólica fundamental.

Hay que tener en cuenta que una historia repleta de elementos mitológicos y de artefactos retóricos, conjuntamente con un lenguaje galiano, podría ser más que adecuada para exaltar a una comarca que no

poseía los blasones imperiales del Cuzco ni la capitalidad cultural y económica de Lima, pero que por su reciente prosperidad comercial y la ambición de sus élites estaba dispuesta a lanzarse a la conquista del espacio simbólico, en primer lugar, y luego a la del poder, en los momentos en que, en un Perú empapado todavía de sus esplendores barrocos, se atisbaban ya los primeros albores de un porvenir vertiginoso.

Por otro lado, el neoplatonismo crepuscular de Travada es también un recurso para potenciar y otorgar una plasticidad trascendente a su lenguaje y pensamiento, que ya no se agotan en un simple recuento superficial de elementos contingentes, sino que puede iluminarlos cognitivamente por el recurso a lo divino y a la vez llevarlos a ascender hacia lo inmutable, haciendo a lo terreno, eterno.

Esta poética barroca y platónica tardía continúa siendo bastante sugerente y nos permite atisbar en algo la forma como comprendía un historiador andino virreinal el oficio de historiar su patria, una ciudad provinciana del virreinato que se aprestaba a buscar un espacio en la dinámica identitaria del crepuscular siglo XVIII peruano.

BIBLIOGRAFÍA

- GALDÓS RODRÍGUEZ, Guillermo, *Cronistas e historiadores de Arequipa colonial*, Arequipa, Lima, Fundación M. J. Bustamante de la Fuente / UNSA, 1993.
- GARCÍA-BEDOYA M., Carlos, *La literatura peruana en el periodo de estabilización colonial (1580-1780)*, Lima, Fondo Editorial de la Universidad Nacional Mayor de San Marcos, 2000.
- MARAVALL, José Antonio, *La cultura del Barroco. Análisis de una estructura histórica*, Barcelona, Ariel, 1980.
- TRAVADA, Ventura, *Suelo de Arequipa convertido en Cielo* [c. 1752], Lima, edición facsimilar a cargo de Ignacio Prado Pastor, 1993.



Estudios Indianos, 14

Uno de los temas que más ha llamado la atención de la crítica americanista ha sido el papel que tuvo el imaginario europeo para construir en América un continente quimérico que reunía gran parte de las esperanzas y miedos del viejo mundo, así como sus proyectos de dominación colonial. Tal es el influjo de esta corriente que apenas hay estudio de importancia, desde el clásico de Todorov hasta los recientes trabajos imagológicos, que no lo recabe y que no examine cómo los europeos inventaron América o (y quizás aquí está el desarrollo más importante de los últimos años) cómo los americanos adoptaron y modificaron esta invención para potenciar sus propios intereses. Este volumen, *La escritura del territorio americano*, examina esta serie de quimeras europeas en su interacción con la realidad americana y a lo largo de diversos géneros literarios (la relación de viajes o de méritos, la crónica, la corografía, el teatro cómico, la filosofía, etc.) y artísticos (la pintura mural).

Carlos Mata Induráin, Profesor Titular acreditado, es investigador y Secretario del GRISO (Universidad de Navarra) y del IDEA. Su investigación se centra en el Siglo de Oro español: comedia burlesca, autos sacramentales, Cervantes, Lope o Calderón, entre otros autores.

Antonio Sánchez Jiménez, Catedrático de Literatura Española en la Université de Neuchâtel (Suiza), es autor de varias monografías y ediciones críticas de textos áureos (Lope de Vega, Calderón de la Barca, Eugenio de Salazar, poesía española y virreinal, Leyenda Negra, etc.).

Martina Vinatea, Doctora en Filología hispánica y en Historia, es Profesora principal de la Universidad del Pacífico (Perú) y Codirectora del Centro de Estudios Indianos (CEI) / Proyecto Estudios Indianos (PEI). Últimamente investiga sobre poesía conventual femenina y del Perú virreinal.



Universidad
de Navarra

GRISO



instituto de estudios auriseculares



UNIVERSIDAD
DEL PACÍFICO